

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACAÍAS METOLA, CANÓNIGO ELECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica xix despues de Pentecostes.

LAS BODAS RÉGIAS.

Vengo á convidaros en nombre y por encargo del Padre de familias á unas bodas magníficas que se celebran en el reino de los cielos. Es un rey, el autor de estas bodas espléndidas y se las hace á su hijo. Y nos envía á los sacerdotes, sus ministros, y dispensadores de sus misterios, de sus larguezas y liberalidades á llamar á los convidados para que vengan á tomar asiento en el banquete de los regocijos. Pero ved lo que sucede. No obstante la generosidad del Rey, los que fueron convidados, no quisieron asistir. Envió de nuevo otros criados para que dijeran á los convidados que el banquete estaba preparado, y muertos ya los animales cebados que habian de servir en el convite. Todo estaba dispuesto; mas los favorecidos despreciaron la invitacion y partieron, el uno para su granja y el otro á sus negocios. Los demás echaron mano de los criados, y despues de haber-

TOMO II.

los ultrajado, les dieron muerte. Cuando esto supo el Rey, se irritó, y enviando sus ejércitos, acabó con aquellos homicidas y puso fuego á la ciudad. Entonces dijo á sus siervos: las bodas ciertamente están aparejadas, mas los que habian sido convidados, no fueron dignos. Id, pues, á las salidas de los caminos, y á cuantos hallareis, invitadlos. Y habiéndolo hecho así, reunieron á cuantos encontraron, malos y buenos: y se llenó la casa de convidados. Y habiendo entrado el Rey para ver á los que estaban á la mesa, vió allí un hombre que no estaba vestido con traje de boda, y le dijo: Amigo, ¿como has entrado aquí no teniendo vestidura nupcial? El enmudeció. Entonces el Rey dijo á sus ministros: Atado de piés y manos, arrojadle en las tinieblas exteriores donde habrá llanto y crujiir de dientes. Porque son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Tal es la parábola cuyas misteriosas y trascendentales significaciones me propongo explicar para gloria de Dios y bien de las almas.

Para exponer con acierto el sentido de la parábola evangélica, asunto de este discurso y objeto de vuestra piadosa atención, conviene oír á los Santos Padres y expositores sagrados, autorizados intérpretes de las Santas Escrituras. Es el santo Evangelio una mina preciosa é inagotable y no se ha concedido á todos el saber explotarla. Siendo nuestros guías y maestros los oráculos de la tradición y los sábios comentaristas, no temamos cavar con fé y diligencia la rica mina de las bodas régias, ávidos de saborear las delicias del divino banquete, dispuesto por el Rey para celebrar las bodas de su hijo.

Hablando Jesucristo en figuras y semejanzas del reino de los cielos lo asemeja á un rey que prepara y celebra las bodas de su hijo. *Simile est regnum celorum homini regi.* Es un hombre rey que dispone bodas régias. ¿Y quién es este hombre Rey sino Dios y quien es el hijo del Rey sino Jesucristo? Celebró el Señor de los Cielos las bodas de su hijo cuando éste se desposó con la naturaleza humana en la Encarnación, y essu esposa la Santa Iglesia católica, sacada de su costado, abierto en la Cruz, formada por él sin mancha y sin arruga, tan pura y hermosa como la vío S. Juan, descendiendo del cielo, ataviada con preciosas vestiduras dignas de su esposo. Desde entonces vive Jesucristo en su Iglesia y estará unido á ella en estrecho y virginal desposorio hasta la consumación de los siglos cuando terminará su vida militante y comenzará su vida triunfante en el seno de su esposo, triunfador del pecado y de la muerte.

Allí celebrarán las bodas régias y asistirán á un festin continuo, eterno y espléndido los límpios y rectos de corazón, viendo á Dios cara á cara, gozando de las riquezas de su gloria, y embriagados en el torrente de las inefables delicias que tiene preparadas en el palacio de su reino.

*Et torrente voluptatis potabis eos.*

El reino de Dios es también la Iglesia que milita en la tierra donde hay un banquete continuo de doctrinas, virtudes y ejemplos, de dones y gracias que distribuyen á los convidados los siervos del Padre de familia, los ministros del rey inmortal é invisible. ¿Y qué festin mas delicado, mas adorable y glorioso que el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, convertido por altísima y sobrenatural manera en verdadera comida y en verdadera bebida de nuestras almas? Bodas son y sobre todo encarecimiento magníficas las fiestas eucarísticas que el hijo del Rey celebra en su reino, siendo el mismo autor, la sustancia y el fin del convite donde se une á las almas con lazos de amor tan dulces, tan íntimos y estrechos que sólo pueden ser conocidos por la fé y deseados con ardiente deseo por los corazones penetrados del divino amor.

La sabiduría eterna, revestida de nuestra naturaleza, el Rey de los cielos edificó para sí una casa, la santa Iglesia católica, sobre siete firmísimas columnas que son los Sacramentos; inmoló sus víctimas, mezcló el vino, que representan su cuerpo y su sangre y preparó el banquete eucarístico y envió á sus ministros con el encargo de llamar á los convidados, que son todos los redimidos

sin excluir al pobre, al huérfano, al humilde ni á los que moran en las aldeas y en las chozas, ó vagan por los caminos, en los campos, en los desiertos ó en las encrucijadas de las ciudades. A todos llama, á todos convida con asiento y manjar en su mesa, preparada con esmero y abundancia de regalos.

Conoceis la magnificencia del Rey, su generosidad y desprendimiento, las bodas de su reino que es la Iglesia militante donde somos alimentados con el pan de la doctrina, y las que celebra eternamente en los cielos con los bienaventurados donde asisten á un festin eterno de alegrías y regocijos, de dulzuras y delicias inefables é incomprensibles, mereciendo galardón de las buenas obras que en esta vida practicaron. ¿Podía hacer más en obsequio de los convidados? *Quid debuisset facere vineo meo et non feci ei?* ¿qué más pudo hacer Jesucristo para nuestra dicha y agradecimiento? Rey poderoso y magnífico descende de su trono, se humilla, conversa con sus vasallos, abre sus tesoros, nos ofrece sus riquezas y nos invita con un asiento en su reino. Nada deja por hacer á fin de realizar sus amorosos desig-nios. Más ¿cuanta ingratitud y cuánta obcecación! Porque sucede que siendo todos invitados, los unos desprecian el banquete, y el uno va á su hacienda, el otro á sus negocios y los demás prendieron á los siervos, los ultrajaron y les dieron muerte. Si; los avaros no asisten al banquete de la palabra divina, no concurren al festin eucarístico, ni quieren atesorar para la vida eterna; no concurren los libertinos ni los di-

solutos, y desdeñan todo aviso saludable y toda invitación amorosa. Y no escasea el número de los impíos, de los blasfemos y de los parricidas, hombres soberbios, que persiguen, hieren y dan muerte á los ministros del Rey de la gloria.

Pues ¿qué hará el Señor del convite al ver nuestros desdenes, nuestros desprecios y desacatos? Dejará de ser misericordioso para ser justiciero. Lleno de justo enojo envió sus ejércitos, acabó con los homicidas é incendió la ciudad. Es peligroso, hermanos míos, despreciar los dones de Dios. Si despreciamos su bondad, si desdeñamos su misericordia, vamos á dar sin remedio en los rigores de la justicia, y entonces acaba con nosotros, y arroja con ira esta ciudad rebelde de nuestra alma infortunada en las horrendas llamas del infierno.

Y sucedió que reunidos en el convite los que respondieron á la invitación, entró el Rey para ver á los que estaban sentados, y entre ellos había uno que no tenía vestiduras nupciales, y le dijo: Amigo, ¿cómo has venido sin traje de boda?

¿Qué significa esa vestidura nupcial? ¿qué representa el traje de boda? ¿Cuándo se verificará este juicio sobre los convidados? Aquel hombre no debía estar en el convite, no merecía tener asiento entre los convidados. Por eso irritase el Rey y manda á sus siervos que atado de piés y manos, le arrojen en las tinieblas exteriores donde hay llanto y crujir de dientes. Tal será la suerte de los que comulgan sacrilegamente. Presentándose en la mesa eucarística sin la vestidura de la gracia, comien-

do el pan de los ángeles con una alma impura y un corazón esclavo de las pasiones, se comen su propio juicio y se labran su perdición. Pero si referimos esto al último juicio de acuerdo con los Santos Padres y sagrados expositores, la vestidura nupcial significa la gracia santificante, alcanzada por la penitencia, ó la blanca vestidura de las almas inocentes. En el festín de la gloria nada manchado, nada inmundo, nada que no sea recto y puro será admitido por el juez purísimo y rectísimo de vivos y muertos. Si no llevamos la blanca vestidura de la inocencia, ó la vestidura purificada del penitente, oiremos la terrible sentencia fulminada contra el convidado de la parábola. Amigo, ¿cómo vienes aquí manchado por la culpa y desprovisto de buenas obras? Atadle esos piés que sólo andubieron caminos de perdición, atadle esas manos que solo se emplearon en obras de iniquidad, y arrojadle en las tinieblas del infierno.

Todos somos llamados á la herencia de la gloria, pero ¡cuán pocos serán los escogidos! Trabajad, vosotros en la obra de vuestra santificación, practicad la virtud, frecuentar los sacramentos, haced buenas obras; sed humildes, caritativos, prudentes, sumisos, piadosos y rectos de corazón; llorad vuestras culpas y extraíos, crucificad vuestros vicios é inclinaciones, y haréis cierta y segura vuestra elección; y cuando llegue la hora del convite cuando estéis á las puertas de la eternidad, os dirá el Rey de la gloria Alégrate, siervo fiel, y entra en el goze eterno de tu Señor y en la posesión de su reino,

Amen.

## LA PRIMERA MISA.

(Continuación.)

Y las manos unguadas del nuevo sacerdote se levantaron por primera vez á los cielos, para atraer sobre aquellos dos ancianos venerables, la bendición del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Sacó entonces Pepito una cinta de seda blanca partida en dos pedazos, y cuidadosamente envuelta en un papel.

—Aquí tiene Vd. la cinta con que me ataron las manos en mi ordenación, dijo entregándosela á D. Blas: la mitad para Vd., y la mitad para mi tía.

—¡Dios te lo pague, hijo, mio!... ¡Dios te lo pague! la guardaré mientras viva, como una reliquia, y con ella me atarán las manos después de muerto...

Doña Mariquita había tomado su parte, y la besaba llorando á lágrima viva sin decir palabra.

Dos horas después salía D. Blas de la alcoba de su sobrino, y se dirigía de puntillas á la suya.

Doña Mariquita le esperaba en la puerta.

—¿Qué ha dicho? le preguntó ansiosa.

—Que así lo hará.

—¿Y nada sospecha?...

—¡Nada!..... El inocente está seguro de que sus padres han muerto..... ¡Hijo de mi alma, paloma sin hiel, nacida de un lobo carnicero!... ¡El corazón se me partía al oírle, Mariquita!... ¡me dijo que era su idea aplicar la Misa por el descanso eterno de sus padres!..... ¡Sus padres!..... aquella santa recibiría ya

en el cielo la palma del martirio!....  
 ¡pero él... el verdugo... si resiste á la  
 Misa de su hijo, cierta, cierta es su  
 muerte impenitente!...

### III.

Amaneció por fin el día de la fiesta, tan despejado y magnífico, como si al huir la noche embozada en su manto negro, que tantos misterios, tantos temores y tantos crímenes oculta, arrebatase también bajo sus sombríos pliegues la tormenta de la víspera. Entonces atracó al muelle del pueblo un falucho destrozado, procedente de Ceuta, que había corrido el temporal y perdido el rumbo de Lisboa, que era su derrotero. La tripulación saltó en tierra para visitar el primer santuario de la Virgen que encontrase: que este era el voto que había hecho á la Santa Patrona de los navegantes, en aquellos momentos de terrible peligro en que se reanima la fé al calor de la esperanza. Un viejo caminaba entre los tripulantes, que no parecía como ellos hombre de mar: traía la cabeza vendada con un pañuelo encarnado, y puesta encima una montera de pellejo de conejo, que prestaba á su fisonomía torva un aspecto aun más repugnante. Vestía un chaqueton destrozado, y unos calzones de paño burdo con vivos amarillos, y notábasele al andar esa especie de cojera que marca, cual una terrible contra-seña, á los desgraciados que por mucho tiempo han arrastrado un grillete. Parecía sumamente fatigado, y veíasele entre los cabellos desgredados y la barba cana, algunos cuajarones de sangre fresca.

La tripulación, conducida por una

turba de chiquillos que habían acudido á la novedad del espectáculo, llegó á la iglesia del Cármen, que era la más cercana al muelle. Don Blas descendía en aquel momento del púlpito, después de haber predicado su sermón, interrumpido á cada instante por lágrimas y sollozos, que encontraron más de una vez eco en el numeroso auditorio que le escuchaba. Allí estaba doña Mariquita, arrodillada en primera fila, con aquel traje de paño de seda negra, que sólo salía el jueves santo, y aquella mantilla de blondas con fondo de raso ribeteado de terciopelo, que únicamente en aquel mismo día abandonaba el fondo del arca.

El celebrante había vuelto al altar después de entonado el Credo; asistía el señor Vicario. Todo había desaparecido sin embargo ante la vista del nuevo sacerdote; veía aproximarse el momento en que Jesucristo iba á venir por primera vez á sus manos, y sentía una especie de santo pavor, semejante al que hace á los querubines velarse el rostro con sus alas. Inclino su frente sobre aquella ara de piedra que encerraba reliquias de mártires, que le enseñaban á dar la vida por la fé, y pidió luego por la Iglesia, que es su depositaria, por el Papa, que es su jefe, y por el Rey, que debe ser su defensa. Juntó después las manos, inclinó levemente la cabeza, y quedó inmóvil con los ojos cerrados: el nuevo sacerdote iba á pedir la gracia de su primera Misa... Había llegado el momento de presentar ante el acatamiento divino aquella misteriosa petición, objeto de las plegarias de los dos ancianos duran-

te diez y ocho años: D. Blas bajó la cabeza, y cruzó las manos, y doña Mariquita ocultó el rostro entre las suyas, reteniendo ambos hasta el aliento, como si temiesen detener el vuelo de aquella oración que tanto esperaban. El celebrante separó al fin sus manos, y prosiguió aquellas hermosas oraciones con que la Iglesia parece extender con sus ruegos un manto de amor y de piedad sobre todos sus hijos vivos y muertos. Un confuso rumor sonó entonces por un momento á los piés de la Iglesia: hallábanse arrodillados en aquel sitio los tripulantes del falucho náufrago, y el viejo del chaqueton pardo habia en aquel instante lanzado un gemido, llevándose las manos á la cabeza, y caido al suelo sin conocimiento. Cuatro de sus compañeros le levantaron instantáneamente, y guiados por algunos hombres del pueblo, le llevaron al hospital, sin que la mayor parte de los circunstantes parasen la atención en aquel incidente.

Siguióse á la Misa el besamanos, y despues de la acción de gracias, las enhorabuenas, y dos horas más tarde se sentaba D. Blas á su modesta mesa, teniendo á la derecha al señor Vicario, á la izquierda á su sobrino, y en torno al administrador del hospital y á otros tres eclesiásticos, D.<sup>a</sup> Mariquita, ayudada por una pobre viuda á quien socorría, preparaba en la cocina y presentaba ella misma en la mesa, aquella larga série de platos en que habia agotado todo su saber culinario, y todos sus escasos ahorros. D. Blas alegre, chancero y hablador como nunca, mantenía el buen humor entre sus convidados y no creia hacer

bien los honores de su mesa, si no propinaba á cada uno de ellos una indigestion segura, con sus importunas instancias á que de todos los platos repitiesen. Habia llegado la hora de los postres, y doña Mariquita colocó en el centro de la mesa, con un aire de satisfaccion indescriptible, el regalo que la Superiora del hospital habia hecho al misacartano. Era un blanquísimo cordero, casi de tamaño natural, hecho de pastas de almendras, tendido en una bandeja, y recostando la cabeza en un peñasquito de piñonitas; tenia las pezuñas, los ojos, el hocico y la punta del rabo teñidos de chocolate y encerraba en sus dulces intestinos multitud de frutas de almíbar; con las patitas delanteras sostenía un cáliz de caramelo, en cuya copa se levataba entre nubes de merengue una hostia de azúcar, sobresaliendo por encima una banderita de raso encarnado, en que se leían estas palabras bordadas con lentejuelas: *Ecce agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi.*

(Se continuará)

## LA SALVACION.

*periódico revolucionario y comunista.*

PROSPECTO.

Nuestro lema es: Sálvese el que pueda; que con la gracia de Dios y queriendo, todos pueden.

Somos revolucionarios, porque pensamos proseguir la gran revolución que llevó á esta Jesucristo con sus doce Apóstoles.

Somos comunistas, porque confesamos tener un Padre comun que está en los cielos, un comun origen

en el Paraíso terrenal, y, á más de comunicación de bienes espirituales por la comunión de los santos, un comun paradero en la gloria.—Revolucionarios, pues, y comunistas, lanzamos á los cuatro vientos el siguiente múltiple grito de guerra: ¡Guerra á la sociedad en sus desórdenes! ¡Guerra á la familia en el descuido de sus mútuos deberes! ¡Guerra al individuo en sus malas pasiones! ¡Guerra al capital con la limosna!

Reclamamos las siguientes libertades:

Libertad de imprenta para decir todo cuanto esté dentro del dogma católico y la moral, ó no se le oponga en nada.

Libertad de asociación para lo bueno solamente, en especial para las congregaciones religiosas.

Libertad de cultos, ya sean los de las Cuarenta Horas, ya novenas, romerías, etc., etc.

Libertad de conciencia para que cada ciudadano pueda tenerla lo más limpia posible.

—Reclamamos los siguientes derechos;

El derecho de ser hombre, no brutos ni demonios.

El derecho de creer lo que debemos creer, y vivir conforme á nuestras creencias.

El derecho de enseñar á nuestros hijos cómo y dónde nos plazca.

El derecho de vestirnos como nos dé la gana, ya sea de militar ó de paisano, de cura ó de fraile.

Finalmente, venimos á dar en dos palabras solución á la más pavorosa de todas las cuestiones: la cuestión social. La cuestión social no tiene más que una solución: el Catecismo.

Dadme un pueblo que sepa el Catecismo y lo ponga en práctica, y yo respondo de la salvación de ese y de todos los pueblos.

*Asuntos de la publicación.*—Este periódico no tratará más asuntos que la política interior de cada uno junto con las relaciones exteriores de todos.

Tratará poco de intereses materiales, mucho de los espirituales.

De industria y comercio lo suficiente para no sufrir bancarrota el día de la liquidación universal, ó sea el día del juico. De Bellas Artes algo; de malas artes nada.

*Condiciones de la suscripción.*—En rigor no hay más que una: guardar los Mandamientos de Dios y de su Iglesia.

*Puntos de suscripción.*—Dentro de la Iglesia católica, pues fuera de la Iglesia no hay salvación.

*Precio de la suscripción.*—La Salvación no tiene precio: la salvación no se compra con dinero: con todo el oro del mundo no se compra un adarme de gracia, y sin gracia no hay gloria.

*La Salvación,* sin embargo, puede decirse que cuesta en España lo mismo que en el extranjero: cuesta mucho si se anda á medias, encendiendo una vela á San Miguel y otra al que tiene á sus piés. Cuesta menos si no se enciende más que una vela á San Miguel: si se entrega uno todo á Dios, casi se puede decir que no cuesta nada.

*Director.*—La Salvación está á cargo de Dios, y al mismo tiempo de cada uno de los que han de salvarse.

*Editor responsable.*—Cada uno lo es de sí mismo, y los padres y madres de sus hijos y criados.

*Ultima hora.*—Esta será siempre la parte más interesante de *La Salvación*, pues de ella pende la eternidad, y cualquiera puede ser la última.

*Regalo.*—Los señores suscritores que se abonen por toda la vida, recibirán gratis un billete de entrada y un asiento para la función de la gloria, que á todos os deseo....

(Páginas inofensivas.)

## VARIEDADES.

### CONFESIONES PRECIOSAS

DE RACIONALISTAS É INCRÉDULOS.

«La Religion debe ser la primera leccion, y la leccion de todos los dias.»

*Diderot.*

«No hay mas que una voz para proclamar que sin la Religion no hay educacion moral posible, y que debe ser el alma de las escuelas normales de maestros.

*Jouffroy.*

«Enhorabuena que se instruya á los jóvenes en la ciencia; pero es menester no olvidar lo que tiene importancia capital en la educacion: La Religion ante todo y sobre todo. Vuestra mision más difícil é importante, pues, es educar á la juventud en el temor de Dios y enseñarle el respeto á las cosas santas.

*Guillermo,* emperador de Alemania.

«Sin instruccion religiosa no hay buen sistema de educacion... No basta enseñar la Religion á los que deben predicarla; es menester enseñarla á los que deben practicarla, es

decir á todo el mundo... Sin esto, el alma se adormece. No quedan despiertos sino los sentidos y las pasiones. Crear escuelas industriales sin enseñanza religiosa, es *organizar la barbarie y la peor de todas las barbaries.*

*Girardin.*

«Por mucho que se conceda al influjo de una educacion refinada en los espíritus de un temple peculiar, la razon y la experiencia nos prohiben esperar que la moralidad pueda existir excluyendo los principios de Religion.»

*Washington.*

«Deberán ser llevados á los tribunales aquellos padres que envian sus hijos á las escuelas en cuya puerta está escrito: Aquí no se enseña religion... La enseñanza religiosa, es en mi concepto más necesaria hoy que le ha sido nunca. A medida que el hombre se desarrolla, más debe creer... Quiero, pues, sinceramente, diré más, quiero ardentemente la enseñanza religiosa.

«No solo á título de protesta deseo ver el nombre de Dios escrito en la ley, sino que lo deseo tambien porque me repugna á mí, antiguo profesor, el ver ese nombre excluido de una ley sobre enseñanza, sobre todo de la enseñanza primaria. Esto me choca, me aflige, entristece mi vida. No me parece ya estar en el mundo donde he vivido, en el país donde he enseñado. En aquellos tiempos considerábamos nuestro primer deber de hablar de Dios á las criaturas.»

*Jules Simon.*